

DEL LLAMADO “ESPECTRO AUTISTA” A LA SINGULARIDAD DE UN SUJETO

por *Esteban Levin*

“En mi opinión, no fue totalmente positivo el hecho de que Kanner haya denominado autistas a tales casos, ya que esa etiqueta daba a los pediatras, habituados como estaban a las entidades nosológicas, una pista falsa que empezaron a seguir con demasiado gusto, lo que a mi parecer es una lástima. Ahora podían buscar casos de autismo y acomodarlos fácilmente en un grupo cuyas fronteras eran artificialmente claras”

Donald Winnicott

En varios artículos he intentado describir esos intensos instantes en los cuales un niño que no nos dirige la mirada comienza a mirarnos, o una niña que rechazaba cualquier contacto con el otro, toma por primera vez mi mano y suavemente la toca para realizar un gesto y pronunciar sus primeros sonidos significantes.

Esos momentos vibrantes en los que un niño toma un objeto y en vez de estereotipar con él, es decir, reproducir una experiencia fija, girándolos, moviéndolos sin parar, se arriesga a mover el objeto de otro modo, a hacer con él otra cosa que lo lleva a experimentar, a jugar, a transformar el precario objeto en un juguete con el cual imagina otra realidad, produce plasticidad e imaginación y sin darse cuenta crea ficción.

¿Qué ocurre en esos instantes privilegiados en los que un niño junto a otro que comparte y despliega esa experiencia es constituido por una escena y un escenario diferente?
¿Dónde reside lo singular y único de un sujeto al realizar un gesto como acontecimiento?
Recordemos a Clara, una niña que tiene síndrome de Rett. Con sus 4 años no habla ni juega, tampoco hace gestos, mueve sus manos ansiosamente, ellas no paran de refregarse entre sí (recordemos que este signo corporal es propio de esta problemática). Respira por la boca, se sofoca, agita sus brazos, las manos no paran de moverse, a veces surge un ruido, más bien gutural que suele ser gritos, a veces parece que acompaña los movimientos y otras irrumpen sin previo aviso.

La agitación corporal sensorio-motriz no se detiene, la postura se tensa en el tono muscular, el eje corporal, axial se desvanece ante cada cambio postural, la vibración corporal se asemeja a un temblor constante.

Cuando Clara entra al consultorio llora, no para de llorar, su llanto conmueve e inunda todo el espacio, el tiempo parece detenerse, se eterniza en un llorar sin lágrimas, en una queja, un dolor ilimitado. El llanto adquiere dimensiones que parecen catastróficas, no para de llorar.

Converso con el abuelo y decido que la próxima sesión la espero a Clara en la puerta y que cuando llegue, en vez de salir del auto se quede y en ese momento yo podría subir y estar con ella, juntos en el auto. De este modo, tal vez se podría evitar el desborde del llanto y la tensión que salir del auto le generaba.

La siguiente sesión hacemos lo acordado, al llegar el abuelo, se baja del auto y entro yo en su lugar. Clara no está llorando, escucha una música infantil, al mismo tiempo que toca una perilla del auto, la cual mueve el limpiaparabrisas que no para de moverse. La escena es la siguiente: Clara sentada en el asiento del acompañante mira el movimiento del limpiaparabrisas que se mueve automáticamente, de un lado al otro. De fondo se escucha la melodía infantil. Clara no deja de mirar el movimiento del limpiaparabrisas, no me mira ni realiza ningún gesto. Comparto esa experiencia sin gestualidad por unos instantes hasta que

decido tocar la perilla y se frena el movimiento del limpiaparabrisas, ella sin mirarme toca la perilla y continúa el movimiento.

Ante esta actitud empiezo a hablarle al movimiento del limpiaparabrisas, “hola, como se mueven, que rápido, cómo corren, hola, hola, pero pueden parar un poco...”. En ese momento toco la perilla y se para el movimiento y continúo: “Ahora sí, como están, me gusta mucho que bailen y se muevan al compás de la música, ¿pueden seguir ahora?...”

En ese momento, Clara que estaba mirando al frente, gira un poco el eje de su cuerpo y en esa postura me mira, detiene el movimiento de frotación de sus manos, inclina su cuerpo sin dejar de mirarme y toca suavemente mi mano. Al hacerlo, expreso: “Que lindos ojos, hola Clara”, su mirada refleja la mía, nos miramos y llevo la mano a tocar la perilla. Es un toque tejido en lo intocable.

El movimiento del limpiaparabrisas continúa su marcha, baila, corre, dialogo con ese movimiento y con Clara que por momentos comienza a mirarme. Toco la perilla, el movimiento se detiene, Clara me mira, hace el gesto, esboza un comienzo de sonrisa y volvemos a tocarla. Al llegar al automóvil tanto a Clara como a mi se nos iluminaban los ojos, ella refrenaba sus movimientos, especialmente manuales y se abría al gesto, al encuentro con el otro, nuestras miradas se tocaban. Sin embargo, los ojos no se tocan, las miradas sí lo hacen. Cabría preguntarnos, ¿en qué espacio se tocan las miradas? ¹

(¹Jacques Derrida desde la Filosofía, se pregunta sobre esa particular mirada que toca al otro y se pregunta: Cuando nuestros ojos se tocan, ¿es de día o de noche? Véase Derrida, Jacques, El tocar, Jean-Luc Nancy, Amorrortu ediciones, 2011)

Ese espacio ocurre en el “entre-dos” de la experiencia compartida, indudablemente es un espacio virtual, donde se cruzan imágenes, palabras, deseos y demandas. Es un lugar invisible para aquél que no participa de la experiencia escénica y sin embargo, se sostiene en la intensidad afectiva a través de la mirada. No nos olvidemos que la mirada tiene que “tocar” al otro para reflejarse en él. Si este acto no ocurre se corre el riesgo, siempre latente, de refractar al otro, de rechazarlo o, en este caso, situarlo como un síndrome, como un Rett, que también es considerado en el Manual de Psiquiatría DSM IV como parte del diagnóstico del “espectro autista”. Visto así, Clara estaría refractada y el único reflejo que, sin embargo, se refleja simbólicamente a sí mismo sería el de espectro autista. Desde el punto de vista etimológico, espectro proviene del latín spectrum (imagen), la cual proviene del verbo specere (observar, mirar) y se define como una figura fantasmal y horrible que uno cree ver.

¿Cuál sería la imagen de un niño considerado espectro autista? ¿Es acaso un espectro o sea una imagen con cuerpo o un conjunto de partes que conforman la forma de un espectro al cual habría que adosar el término autismo? ¿Es posible diagnosticar un “espectro autista” sólo por las conductas o el comportamiento de un niño?

Los ojos al mirar de algún modo se tornan ciegos al órgano, se enceguecen para mirar más allá del puro organismo y por supuesto la discapacidad. Los ojos, al mirar al otro como sujeto y no como objeto, laten como labios, tocan en lo intocable y miran en lo invisible de la sensibilidad que unifica en contraposición a la fragmentación de cualquier “espectro”. Después de unos meses de jugar en el auto con Clara, ella realiza el siguiente gesto, coloca la mano sobre la mía, entonces exclamo: “Hola Clara”, nos miramos, gestuamos, le pregunto: ¿Querés salir del auto y caminar un poco? ¿Paseamos por la vereda? Espero la respuesta. En esos momentos nuestras miradas se entrecruzan, se tocan, se inviste el espacio compartido, sostenido en el “entre-dos” transferencial.

En ese silencio espero la respuesta...el tiempo parece detenerse. El gesto queda suspendido. Sostengo el silencio, esa síncopa inaudible, invisible e intocable. Reitero la pregunta: ¿Vamos a caminar?... La plasticidad parece hacer su juego y luego de unos instantes me apreta la mano...es la respuesta, el gesto hecho deviene acontecimiento que confirma las miradas, el toque y la palabra. Abro la puerta del auto y salimos de la mano. Caminamos sin soltarnos por la vereda, me mira, nos miramos, reímos, caminamos. Al hacerlo, surge una melodía espontánea y canto: “Caminamos, caminamos con los pies, caminamos, caminamos, otra vez...caminamos, caminamos y así paseamos y caminamos, caminamos...” Vamos hasta la esquina y volvemos.

En un momento, Clara apreta mi mano y se detiene frente a una planta, mirándola. Su mirada parece interrogarla, entonces, saludo a la planta: “Hola, ¿cómo estás?”, cambio el tono de voz y personifico la escena, afirmo: “Muy bien, hola Clara, qué lindo es que me mires y saludes”. Clara inclina su cuerpo y con nuestras manos agarradas tocamos la hoja y volvemos a saludarla. Clara y Esteban, tomados de la mano, tocamos la planta-personaje que a su vez nos toca en la gestualidad escénica.

El paseo adquiere cada vez más consistencia infantil. Esteban se desdobra en personaje-planta para sustentar el escenario. Si solo pasa la acción de caminar o la conducta de moverse, indicar o señalar una planta, sólo ocurre lo posible sin apropiarse del gesto como acontecimiento y pensamiento. Seguramente pueda producir un cierto aprendizaje con su correspondiente plasticidad neuronal, pero nada ocurre a nivel de la apropiación simbólica, para ello es necesario que aparezca la imaginación, la ficción.

Es imposible que la planta hable o llore o demande pero, sin embargo, es ésta la posibilidad de jugar con ella y dejarse llevar por esos instantes donde Clara se reconoce en una experiencia infantil diferente.

En el sentido que venimos proponiendo, lo intocable y lo invisible no es lo opuesto a lo tocable y lo visible sino su doblez, aquello que lo causa como escena y escenario simbólico. Lo invisible es lo que vuelve visible la escena y lo intocable es lo que genera deseo de tocar, no como tacto sino como caricia. Clara comienza a tocar con su imaginación y puede crear lo imposible, hacer de cuenta que una planta es un personaje y puede cantar, saludar o jugar. Ella toca a la hoja y a su vez es tocada por ella que le habla y le juega.

Sin darse cuenta se dramatiza en escena un toque sensible, lleno de imágenes que durante el paseo se van abriendo y creando. Clara toca a la planta personaje que habla y juega, cantamos, mira, miramos y en ese cruce de miradas, palabras y sonidos, ella comienza a pronunciar otra sonoridad “oh oh”, que continuaba en “ah, ah” y entonces lo escucho como “hola, hola”. De pronto articulaba la u con la e, que también se asemejaba a un saludo como chau o che, y de este modo, comienzan las primeras articulaciones fonológicas y los primeros balbuceos de Clara.

Al pasear, Clara se desdobra con la ayuda de Esteban y se ubica fuera del síndrome de Rett, del supuesto espectro autista, de cualquier diagnóstico-pronóstico, crea aquellas huellas que le permitirán acariciar, mirar y al mismo tiempo, al hacerlo, se mira, se toca, se re-conoce como sujeto en ese acto, al decir del filósofo Merleau Ponty: “no se puede tocar o ver sin ser capaz de tocarse y verse”.

Paseando Clara configura otro espacio y otra temporalidad. Ya no el del automóvil (el primer encuentro) sino la vereda, la planta, el árbol, el supermercado, con los cuales jugábamos, hablábamos, cantábamos. Paseamos, en ese umbral, en ese límite,

contorneábamos una escena. Sin duda una experiencia que produce en acto un acontecimiento impredecible que conjuga nuevos escenarios, imágenes, palabras y demandas. En ese recorrido, después de varios meses, Clara comienza a detenerse en la puerta del edificio del consultorio. Simplemente se detiene, lo mira, gira su cuerpo y me mira, luego seguimos caminando, paseando. Ante estas detenciones, que tienen el carácter y el sentido de un gesto, le hablo de los juguetes y las sorpresas que hay arriba en el consultorio.

En una sesión, bajo unos animalitos de plástico y los dejo junto a la puerta del edificio. Empezamos nuestro paseo y luego de saludar a las plantas, a un árbol, a un perro que pasaba, Clara se detiene frente a uno de los juguetes que estaba en el portón. Se acerca y toma una jirafa (recordemos que una de las dificultades que presentan los niños con el síndrome de Rett, es la pérdida paulatina de la capacidad de prensión, o sea, no pueden tomar algunos objetos pues constantemente se escurren las manos). Sorprendido, saludo a la jirafa y Clara la agarra para pasear con nosotros. Ahora ya éramos 3, la jirafa, Clara y Esteban. De este modo, poco a poco, la jirafa se transformó en un amigo-personaje, que Clara buscaba para pasear, cantar, jugar con nosotros. La jirafa también se enojaba, lloraba (especialmente si se le caía de la mano a Clara) y gritaba para que la levantemos y juguemos con ella. Nunca quería estar sola. Luego de todo este recorrido con “nuestra” amiga la jirafa, Clara comienza a subir al consultorio: primero, parándose en la puerta. Luego, llegaba hasta el pasillo. Después la escalera y finalmente a poder subir para jugar, pasear o estar con otros “amigos” de la jirafa.

En este proceso, Clara aparece, existe en posición de sujeto. Está más comunicativa. Puede agarrar algunos objetos, especialmente juguetes, hace algunos sonidos y fonemas para relacionarse con otros. Las estereotipias sensorio-motoras han disminuido considerablemente y ha dejado el llanto desbordante e inmotivado para pasar a realizar gestos significantes. Clara interrumpe la acción de caminar para saludar a la planta, al árbol, al supermercado. Luego interrumpe el paseo para detenerse frente al consultorio. Después para agarrar a la jirafa. En estas interrupciones adviene el otro que corporizo a través del limpiaparabrisas, la planta, el árbol, la jirafa, donde sucede el don del deseo y el deseo del don, para relacionarme con ella y dar lugar al campo de la demanda y el deseo.

Clara se detiene, ese gesto contiene implícitamente una demanda, deja un vacío para ser ocupado con palabras que juegan, canciones que cantan melodías, paseos y personajes que abren espacios. De este modo, Clara contiene la motricidad para afirmarse en la imagen corporal. Al hacerlo, puede anticipar, refrenarse y generar el vacío esencial para trazar una historia que pone en juego la plasticidad simbólica necesaria para que la plasticidad neuronal se asiente y correlacione con la intensidad deseante de un sujeto que por primera vez comienza a demandar por fuera de la organicidad, o sea, en el encuentro, en el espacio del “entre-dos” con un otro, donde Clara puede ser ella sin ser un síndrome.

Hace ya muchos años que he trabajado con Clara, sin embargo, perdura en mí las huellas y los recuerdos de los intensos momentos en los cuales el asombro y la sorpresa del acontecimiento no deja de inscribir los pensamientos y trazos que hoy comparto con ustedes. Recuerdo aún los ecos vivos de aquellas experiencias que no dejan de conmovernos. Finalmente un sutil interrogante, si Esteban posibilitó inscribir alguna experiencia infantil en Clara ¿qué experiencia inscribió Clara en el devenir de Esteban?

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).